

BLANC. *Es un hombrecillo pequeño y rechoncho. Cojea un poco de la pierna izquierda.*

SRA. D.—¡Ah, eres tú, Felipe! Me has asustado. Yo . . . yo pensé . . .

FELIPE.—¿Que serían los gendarmes? No tardarán en llegar.

SRA. D.—¿Para arrestar á Pablo?

F.—Para arrestar á Pablo.

SRA. D.—¿Entonces el señor Bernard . . .

F.—¡Sí! Se fué derecho á ver al Prefecto. Yo le seguí y le observé. Tiene ya la orden de aprehensión. No tardarán en venir por él.

SRA. D.—¡Pero Pablo se está muriendo! No se lo llevarán en agonía.

F.—*Con firmeza.*—Se lo llevarán.

SRA. D.—¡No! No lo harán. No podrán hacerlo. No deben llevárselo cuando se está muriendo.—*Felipe alza los hombros desdeñosamente y se sienta en un lado de la mesa. La señora Duval permanece parada al otro lado.*

SRA. D.—¡Felipe . . .

F.—¿Qué?

SRA. D.—*Yendo hacia él con la cabeza inclinada.*—Pablo es . . . —*duda.*

F.—Bueno.

SRA. D.—*Bajando la voz . . .*—Es culpable: Pablo tomó el dinero.

F.—*Sobresaltado.*—¿Pablo? ¿Pablo robó?

SRA. D.—S . . . ¡Sí! Tomó el dinero. Fué la otra noche. No habíamos comido en muchos días. No teníamos nada más que lo que tú nos dabas. El viejo Bernard le debía dinero á Pablo. No quería pagarle. Fué á la tienda de Bernard, rompió la puerta y entró. Pensaba tomar solamente lo que le pertenecía. ¡Pero había tanto dinero! Tomó veinte francos. Había muchísimo más. Cuando estaba ahí, Bernard entró. Se abalanzó sobre Pablo y le pegó con su bastón hiriéndole aquí.—*Se señala la palma de su mano izquierda.*—Pablo echó á Bernard á rodar

por el suelo y huyó. Estaba aquello tan obscuro que creyó no ser reconocido.

F.—¿Cuándo te contó Pablo todo esto?

SRA. D.—Hace un momento. Después de salir Bernard, Pablo se vino derecho á casa. Me echó el dinero en la falda y me dijo que fuera por comida y bebida. Estaba excitado y débil por la sangre que había perdido. Me negaba la verdad diciéndome que era prestado. Yo sabía que me estaba mintiendo, pero estaba demasiado contenta para hacerle preguntas. El hambre no investiga. Además, Pablo estaba muy malo. Su tos era aún más fuerte. Le acosté y eché á correr en busca de alimentos y medicinas. Así se fué el dinero. Esta mañana vino el doctor. En eso se gastó lo que quedaba. Vió á Pablo y dijo que no viviría más que unos días, quizás unas horas solamente.—*Sollozando.*—Entonces vino Bernard. Tú ya sabes.—*Se sienta á la mesa con las manos entrelazadas.*

F.—Sí, ya lo sé.

SRA. D.—Y ahora pondrán preso á Pablo.—*Parándose.*—¡Pero no, no lo harán. No deben hacerlo. Debemos salvarlo. Hace diez años se llevaron á su padre, á Juan—mi marido—que ahora está en galeras. No debe pasar lo mismo con el hijo. También sería convicto y le mandarían á Tolón. Pero no llegaría, pues moriría por el camino, ó en la cárcel esperando su condena, y su padre regresaría para saber que su hijo había muerto ladrón. Un ladrón y un presidiario. Primero el padre, después el hijo. Los dos presidiarios.

Pero no deben arrestarlo. No lo mandarán á que se reuna con su padre en el presidio. No debe morir en la cárcel. Debemos salvarlo de cualquier manera.

F.—*Descorazonado.*—Tú conoces al viejo Bernard. Ama el dinero. Si pudiéramos devolver lo que tomó, estaría salvado; pero eso es imposible. Bernard lo sabe é insistirá en la prisión de Pablo.